

El llamamiento - Filipenses 3:12-16

Lo llaman “La maldición de Conchita Wurst”. La última vez que Austria ganó el concurso de Eurovisión, en 1966, la selección española de fútbol también fue eliminada en la primera ronda del Mundial de Inglaterra. El Atlético de Madrid ganó la Liga, el Real Madrid ganó la Copa de Europa, el Deportivo de La Coruña subió a Primera División y el Betis bajó a segunda. Así que cuando la cantante barbuda se alzó con el premio en Copenhague en mayo, los más entendidos se echaron a temblar. La historia se repite calcada: escrita en 1966 y cumplida en 2014. Son más casualidades que los aciertos del pulpo Paul, oráculo del Mundial de 2010.

Conchita Wurst nació en 1988 como Tom Neuwirth. Neuwirth, que trabaja en Viena como escapatista, creó su personaje artístico para proclamar un mensaje de tolerancia: “Haz lo que quieras y sé quien quieras, siempre y cuando no estés haciendo daño a nadie”. Otra frase suya: “Sé la mejor versión de ti mismo, no una mala copia de otro”. Dice que lucha por una sociedad sin odios y discriminación. La canción que interpretó en Eurovisión, Rise like a phoenix (Renace como el ave fénix), recibió una gran ovación del público. Su mejor amiga durante los días de ensayo y concurso fue la representante española Ruth Lorenzo, quien dijo que “el hecho de ser diferente no nos hace peores, nos hace únicos”.

Tom Neuwirth sigue un llamamiento triple que no todos entienden: el de cantante, el de mujer y el de adalid de la tolerancia en Europa. El diccionario describe el fenómeno transgénero como “personas cuya identidad no se conforma sin ambigüedades a las normas convencionales del género masculino o femenino, pero las combina o se encuentra entre ellas”. Nacen de un género pero prefieren identificarse como otro, lo cual requiere un esfuerzo enorme: horas incontables en el vestuario y gastos importantes en maquillaje. Para los que insisten en llegar a las últimas consecuencias, una operación de cambio de sexo puede costar hasta 30.000 euros.

Hay personas que se esfuerzan sobremanera en seguir un llamamiento, que puede ser verdadero o una fantasía que se han imaginado. Vemos en la Biblia que Dios llama verdaderamente a personas: Noé, Abraham, Moisés, Samuel, Jeremías. Jesús llama a personas para seguirle. Después llama a Saulo de Tarso en el camino de Damasco. ¿Ocurre lo mismo hoy en día? ¿Podríamos decir que cada cristiano tiene un llamamiento? ¿Hay una razón por la cual tú estás aquí en el universo?

El apóstol Pablo se sentía así, y explica su convencimiento de ello para que los filipenses entiendan que cada uno de ellos también tiene un llamamiento. Pablo no abre su corazón como algo anecdótico sino les dice “*sed imitadores de mí*”. Si su llamamiento le inspira todos los días de su existencia, así puede ser el caso de ellos también. La conciencia de un llamamiento es lo que abre paso a una vida llena de sentido, una auténtica aventura. Es lo que vence el cansancio de la rutina, como si fuéramos un hamster dando vueltas en la ruedecilla de la jaula. El llamamiento verdadero es algo que cada uno puede descubrir, y la experiencia del apóstol nos da la pista de cómo se descubre.

La paradoja de la conversión (Fil 3:12)

El apóstol abre su corazón a los filipenses como buen mentor. Comparte lo que siente en su interior, el proceso que le llevó a renunciar a toda confianza en su propia religiosidad para descansar únicamente en Jesucristo. Aprendió que la única aspiración que merece la

pena es conocer a Cristo más y más. Es un proceso que empieza con la conversión y sigue profundizándose durante toda la vida. *“Lo único que quiero”* dice Pablo *“es conocerle en todas las facetas de su persona, tanto su poder como su sufrimiento, para plantear la lealtad a él como más valiosa que la vida misma”*. El rey David lo había dicho antes: *“Mejor es tu misericordia que la vida”* (**Sal 63:3**).

Si profundizar en el conocimiento de Cristo es lo más grande que hay ahora, el apóstol también mira hacia el futuro. Habla de *“ganar a Cristo”* (**Fil 3:8**), de *“ser hallado en Cristo”* (en el futuro, **Fil 3:9**), y de llegar a la resurrección (**Fil 3:11**). No se refiere a una ganancia espiritual a cambio de méritos personales, sino de un aspecto variable de la salvación final. Ésta podrá ser más o menos rica, según las decisiones que cada creyente tome a lo largo de su vida. Es posible recibir una *“amplia y generosa entrada”* en el reino de Dios, o no (**2 P 1:11**).

Cuando Pablo mitiga su esperanza en la resurrección (*“si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos”*), se refiere a su duda respecto al momento y la manera de pasar a la gloria. Podría ser siendo ejecutado ahora por orden de César, o podría salir de la cárcel y morir en paz en su propia cama. Podría volver a ser apresado, o podría ser arrebatado y glorificado instantáneamente. Pablo no sabe cómo llegará a la resurrección, pero sí desea que entrañe la más abundante recompensa posible. Quiere escuchar las palabras *“Bien, buen siervo y fiel”* de la boca de Jesucristo. Por ello se esforzará para conocer a Cristo, depender de Cristo, seguir fiel a Cristo, proclamar a Cristo todo lo que puede. Pondrá toda la carne en el asador.

El trasfondo de esta ambición espiritual de Pablo está en la frase *“fui asido por Cristo Jesús”* (**Fil 3:12**). *“Asir”* (*“katalambano”*) habla de un agarrarse fuerte, contundente, como cuando un demonio toma posesión del muchacho al pie del monte de transfiguración (**Mr 9:18**). Habla de tener un fuerte deseo de conseguir algo, como el premio en una competición de atletismo (**1 Co 9:24**). Pones todo tu empeño en ganar la carrera. A veces hay una connotación de sorpresa, como cuando pillan a un delincuente in fraganti o cuando un ladrón entra a robar en casa (**Jn 8:3**) (**1 Ts 5:4**). Sería algo así como cuando te agarras de un amigo para salvarle del autobús que está a punto de atropellarle en la calle.

Pablo afirma que fue asido por Cristo Jesús. Recuerda su propia conversión en el camino a Damasco. Jesucristo se le apareció en gloria, le tumbó al suelo, le habló con voz audible y le dejó ciego. Saulo de Tarso no estaba buscando a Dios, sino luchaba con todas sus fuerzas en su contra. Iba a Damasco para detener a cristianos y entregarlos al brazo secular para ser torturados y muertos. Pasa tres días en ayunas en una casa meditando sobre estas experiencias en el camino. Cuando llega Ananías para imponerle las manos, parece que en ese momento Saulo confía plenamente en Jesucristo como Señor y Salvador (**Ro 7:21-25**). Cristo le ha parado los pies, le ha sacudido hasta los cimientos de su alma. Y Saulo se rinde arrepentido. Caen las escamas de sus ojos, recibe el bautismo y toma alimento. Ahora ha nacido de nuevo, es una criatura nueva.

La conversión de una persona a Dios, por la fe en Jesucristo, es todo un misterio. Por un lado, está claro que la persona toma una decisión. Jesucristo predica en las sinagogas diciendo *“Arrepentíos porque se ha acercado el reino de los cielos”*, exhortando al pueblo a que se decida por él. En el Antiguo Testamento, los profetas exhortan con frases como *“circuncidaos a Jehová, y quitad el prepucio de vuestro corazón”* (**Jer 4:4**), *“convertíos”, “haceos un corazón nuevo”* (**Ez 18:30-31**), *“inclinad vuestro corazón a Jehová”* (**Jos 24:23**). En el día de Pentecostés, el apóstol Pedro exhorta al pueblo diciendo *“arrepentíos”* y *“sed salvos”* (**Hch 2:38,40**). Pablo recuerda a los tesalonicenses que *“os convertisteis de los ídolos a Dios”* (**1 Ts 1:9**).

Por otra parte, también está claro que Dios tiene que tomar la iniciativa para llegar a una persona, para que ésta sienta la gravedad de su pecado y la necesidad de la salvación, y crea en la suficiencia de Jesucristo para su situación. La salvación es del Señor (**Jon 2:9**), El es autor y consumidor de nuestra fe (**He 12:2**), y quien comienza y perfecciona la buena obra en nosotros (**Fil 1:6**). Jesús dice que nadie puede venir a él con fe, a no ser que el Padre le traiga (**Jn 6:44**). Es la paradoja de la conversión: la persona decide verdaderamente, pero es Dios quien ha tocado las teclas de su corazón.

Cuando el apóstol Pablo mira atrás y medita en su propia experiencia, se fija mucho más en la obra del Señor - asiéndose de él - que en su decisión de creer en Cristo. Pablo sabe que si Dios no hubiera intervenido para pararle los pies y tirarle al suelo, nunca habría creído. Si no le hubiera dejado ciego, si no hubiera enviado a Ananías, si no hubiera estado trabajando en su conciencia ("*dura cosa te es dar coces contra el aguijón*", dice Jesús, (**Hch 9:5**), habría seguido en su convencimiento de que Jesús de Nazaret era blasfemo e impostor. Habría seguido presumiendo de su buen comportamiento como fariseo. Al reflexionar en todo esto, Pablo tiene que admitir que su propia decisión - real y personal - queda relegada. Lo más sorprendente es que el Señor le haya tocado, y la admiración que siente por ello es lo que le mueve a poner todo su empeño en vivir para Cristo. Si el Señor le asió, quiere asirse de Cristo.

¿Puedes decir lo mismo que el apóstol Pablo? ¿Puedes afirmar que Jesucristo echó mano de ti, que lo esencial no fue tu decisión sino su obra en tu vida? Reconocer el milagro del toque divino es lo que nos impulsa a comprender y seguir su llamamiento, el propósito que tiene para nuestra vida.

El propósito de la vida (Fil 3:13-14)

Todos los productos de la tecnología tienen un propósito: una nevera, un coche, un satélite, un ordenador. También lo tienen los productos artísticos: un libro, una sinfonía, un cuadro. A veces la obra de arte responde a las meditaciones filosóficas del pintor, a veces da voz a sus inquietudes sociales. A veces simplemente sirve para resaltar la brillantez del creador. La arquitectura faraónica, como todo tipo de creación propagandística, impone el punto de vista de los poderosos. Si las creaciones del hombre siempre tienen alguna finalidad, es lógico pensar que también la tienen las cosas creadas por Dios. Respecto al mundo inanimado, todo proclama su poder y deidad (**Ro 1:20**). Los animales son retratos vivos de ciertas cualidades personales, como la fuerza (el buey), el juicio (el águila), o la realeza (el león). Otros animales destacan por lo que aportan al hombre: la vaca para dar leche, la oveja para dar lana, el perro para hacer de guardián o acompañante.

¿Para qué sirve el hombre? ¿Tiene algún llamamiento, alguna razón de ser? La Biblia enseña que el hombre es mucho más que el fruto del azar. Más que producto de la casualidad ciega, cada persona es una creación especial de Dios. Como toda cosa creada, el hombre tiene una finalidad. Tiene un propósito, una vocación. El llamamiento del hombre se puede analizar a varios niveles.

Como ser humano en general. Al llevar la imagen y semejanza de Dios, todo ser humano tiene el llamamiento de relacionarse con su Hacedor: de vivir en sintonía con él, dándole gracias y glorificándole sirviendo como representante suyo en este mundo (**Ro 1:21**) (**Gn 1:26-28**) (**Mal 1:6**). Esto nos distingue de los animales. Significa investigar, descubrir, aprender con el fin de poner orden en el mundo que Dios ha creado. Supone la gestión de recursos y la realización de proyectos, pero siempre en sintonía con la voluntad de Dios, con el fin último de que El reciba la gloria.

Este llamamiento general quiere decir que nadie descubrirá el propósito de su vida sin establecer primero una relación con su Creador. El primer paso, como explica Job, es decir *“¿Dónde está Dios mi Hacedor?”* (**Job 35:10**). O como lo expresa el salmista, *“Vuelve, oh alma mía, a tu reposo”* (**Sal 116:7**). Dios ha repartido todo el linaje de la raza humana en sus lugares y sus tiempos históricos *“para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros”* (**Hch 17:27**). Sin esta conexión con el Fabricante, el hombre - como apunta el filósofo Albert Camus - está obligado a vivir el mito de Sísifo, condenado a la tarea enorme, interminable e infructuosa de vivir. No sabrá nunca por qué está vivo ni sus esfuerzos servirán de algo a la larga.

Como persona redimida por la fe de Cristo. Cuando la persona viene a Cristo y recibe toda clase de bendición de él - perdón, vida nueva, descanso en el alma - aprende que su vida tiene sentido. Jesús invita: *“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”* (**Mt 11:28**). Parte del descanso consiste en descubrir el significado de su particular existencia. Como cristiano, el llamamiento consiste en 1) conocer más y más a Aquel que tanto te ha amado (**Fil 3:10**), 2) gozar de la comunión con el Dios que ahora se ha vuelto cercano y real, un Padre y un Amigo (**1 Jn 1:3**) (**Ef 2:18**), 3) dejarte cambiar para parecerte más y más al Hijo de Dios y prepararte para reinar con él (**1 Jn 3:1-3**) (**Col 1:12**), y luego 4) anunciar a otros quién es Cristo y las maravillas de su persona (**1 P 2:9**) (**Is 43:21**). Tocar vidas, llevar la bendición de Dios a otros. Pablo lo resume de esta forma: *“Por todos murió, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos”* (**2 Co 5:15**).

El creyente tiene la misión de vivir para Jesucristo, desde de su posición de estudiante o trabajador, hombre o mujer, soltero o casado, joven o viejo. El llamamiento consiste en servir a Cristo y dar ejemplo de la nueva vida en Cristo, tanto en casa como en el lugar de trabajo, entre semana y en fin de semana, estando en la ciudad o viajando en vacaciones. Por ello Pablo puede decir, *“para mí el vivir es Cristo”*.

Como creyente particular en un lugar. Cada persona tiene su temperamento. Cada persona tiene su bagaje familiar. Cada persona tiene el compendio de experiencias que le han hecho la persona que es. Como decía Ortega y Gasset, *“yo soy yo y mi circunstancia”*. Teniendo en cuenta que el Señor dice que *“hace todas las cosas según el designio de su voluntad”* (**Ef 1:11**), el llamamiento particular de un cristiano significa vivir para Cristo desde varias ópticas:

Como hombre o como mujer. Dios nos ha creado de un género u otro. El manda en esto, y a nosotros nos toca descubrir en qué consiste ser hombre o mujer conforme a su voluntad. Nadie está llamado a ser homosexual, transexual o bisexual sino a descubrir la intención del Creador al hacernos lo que somos.

Como soltero o como casado. Las distintas etapas de la vida plantean exigencias diferentes. El estado civil comporta distintas metas y aspiraciones. Hay distintas posibilidades para ayudar a otros. Estamos llamados a encontrar satisfacción en Cristo, dar ejemplo de ello y servir según las posibilidades que fluyen de nuestra condición.

Como joven o como veterano. La vida tiene sus etapas. La juventud, con su dinamismo y entusiasmo, es para moverse y hacer muchas cosas. La más avanzada edad es para el mentoreo de otros, en base a las experiencias adquiridas a lo largo de los años.

Con habilidades mentales y físicas. La Biblia dice que Dios ha repartido dones en las vidas de las personas, de una manera variada y personalizada (**1 Co 12:11**). Uno vale para el deporte, otro para el bricolaje. Uno es estudioso, otro es artista. A uno le atrae la

música, a otro le chiflan las manualidades. Uno vale para hacer sumas, otro vale para inventar poesías. Cada uno debe servir según lo que puede aportar **(1 P 4:10)**.

Después de los llamamientos genéricos e incluyentes como ser humano y como cristiano, la manera exacta de vivir para Cristo dependerá del llamamiento personal específico. Esto tiene que ser descubierto porque viene de Dios. Él decide a qué parte del cuerpo cada uno corresponde (pie, mano, oreja, ojo, nariz: **(1 Co 12:14-17)**). El que es pie u ojo o nariz querrá saberlo, para organizar su vida diaria conforme a su vocación.

Algunos aspectos de la vocación se descubren con la práctica. Dios nos llama a servir en todo: *“Todo lo que te viniere a la mano para hacer, hazlo según tus fuerzas”* **(Ec 9:10)**. Con el tiempo se aprecia en qué áreas hay más bendición, más fruto. Es como los padres atentos a las capacidades innatas de sus hijos. Si perciben que un hijo vale para algo, le apuntan a cursos y le animan precisamente en ello, sabiendo que tiene un talento que debe ir formándose.

Otros aspectos de la vocación se descubren sobre una base previa de comprender ciertas cosas. Entender cómo funciona la vida, según Dios la ha creado, ayuda a eliminar opciones que no son viables. También ayuda a dar con su llamamiento verdadero con mayor precisión. Conchita Wurst podría tener la vocación de cantante, pero el llamamiento de ser mujer barbuda es más discutible.

Lo que anima en todo esto es que Dios ha prometido mostrarnos el camino: *“Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos”* **(Sal 32:8)**. Si el Señor tiene un propósito para nuestra vida, nos ayuda recordar que a él le interesa mucho (incluso más que a nosotros) que lo descubramos. Dará luz. Dará sabiduría. Contestará nuestra petición de claridad al respecto.

El llamamiento a ser joven y soltero (de momento)

El cristiano que se encuentra en la etapa de joven y soltero, sea como hombre o como mujer, necesita un marco de referencia para plantear sus relaciones afectivas en sintonía con el llamamiento de Dios para su vida. Hay varios principios básicos que el Señor deja claros en su Palabra.

Estamos hechos para relacionarnos con otros. Fue Dios quien dijo al principio, *“No es bueno que el hombre (y, por extensión, la mujer) esté solo”* **(Gn 2:18)**. El ermitaño no es el modelo a seguir. El convento no es el lugar para plasmar la vida de Dios. La soledad voluntaria puede ser una opción temporal, pero el deseo divino es que crezcamos en comunidad ante el mundo, ya sea con amistades o con una pareja estable. Las personas durarán toda la eternidad, las cosas no. Por este motivo, las relaciones personales aportarán algo al corazón humano que ningún trabajo, ninguna actividad de ocio, ningún amontonamiento de cosas materiales puede ofrecer.

I. Dios está a favor del amor

Este principio sirve de punto de partida para toda la cuestión de la pareja. El Señor afirma taxativamente que *“mejores son dos que uno”*:

(Ec 4:9-12) *“Mejores son dos que uno; porque tienen mejor paga de su trabajo. Porque si cayeren, el uno levantará a su compañero; pero ¡ay del solo! que cuando cayere, no habrá segundo que lo levante. También si dos durmieren juntos, se calentarán mutuamente, mas ¿cómo se calentará uno solo? Y si alguno prevaleciere contra uno, dos le resistirán; y cordón de tres dobleces no se rompe pronto.”*

Dentro del matrimonio, este “*mejor dos que uno*” incluye la relación sexual. El Señor dice “*sus caricias te satisfagan en todo tiempo*”, refiriéndose a la intimidad física (**Pr 5:18-19**). La palabra hebrea “*ravah*” significa “*emborracharse*”, o sea, “*sus caricias te emborrachen en todo tiempo*”. De la misma manera, Dios dice a los novios en la noche de bodas, “*Comed, amigos; bebed en abundancia, oh amados*” (**Cnt 5:1**). Debemos recordar que el Señor está a favor del amor, de la pareja y del sexo, pero siempre dentro de los parámetros que él ha marcado, para que la relación aporte la máxima satisfacción a todos los niveles.

(Ec 9:9) “*Goza de la vida con la mujer que amas, todos los días de la vida de tu vanidad que te son dados debajo del sol...*”

Dios insiste que “*sus caminos son caminos deleitosos*” (**Pr 3:17**). Si quisiéramos dar en una diana y pudiéramos elegir entre un rifle de precisión con mirilla telescópica y una escopeta de feria, elegiríamos el fusil de altas prestaciones. Si fuéramos a tirar con arco y pudiéramos escoger entre un arco olímpico con contrapesos y flechas de fibra de vidrio perfectamente equilibradas, no optaríamos por un arco y flechas de juguete. De la misma manera, todos quisiéramos dar en el blanco cuando se trata del amor. Dios, que nos ha hecho, sabe cómo podemos lograr la máxima satisfacción en la relación humana. Hacemos bien en prestarle atención. Sus caminos serán deleitosos.

Un consejo bíblico sugerente aparece en (**Pr 27:7**): “*El hombre saciado desprecia el panal de miel; pero al hambriento todo lo amargo es dulce*”. Aplicando el principio a la pareja, la enseñanza es que la persona que se encuentra saciada del amor humano desprecia todos los sucedáneos que el mundo ofrece, que a primera vista podrían parecer atractivos (como panal de miel). En cambio, la persona frustrada o amargada en los asuntos del amor, escoge opciones sucias, baratas o denigrantes. Todas las cosas guarras le parecen dulces porque su corazón está vacío. Dios puede enseñarnos el camino a la saciedad en el amor. Escucharle nos ofrece una mayor posibilidad de saciarnos adecuadamente, de emborracharnos del amor.

Dios no manda el matrimonio para todos, pero sí es su plan ordinario para la vida en esta tierra. A pesar de los fracasos que nos rodean todos los días, el matrimonio dentro del plan de Dios sigue ofreciendo la mayor posibilidad de gran satisfacción. Sigue siendo una opción altamente deseable.

2. Dios te ha hecho hombre o mujer

El género viene dado por Dios. “*¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así?*” (**Ro 9:20**). El camino a seguir consiste en descubrir el significado auténtico de la condición de hombre o mujer, según el cuerpo con que hemos nacido (y cuyo código genético - XX o XY - se incorpora en todas las células del mismo). Después de aprender el significado correcto del género dado por Dios, toca reforzar los comportamientos que corresponden, según la Palabra de Dios. No se trata de amoldarse a determinados patrones sociales, sino a asumir de todo corazón el modelo de Jesucristo. Identificarnos con el otro sexo (la opción homosexual, bisexual, transexual), sin embargo, no es una opción válida. El modelo de Conchita Wurst no es el patrón adecuado.

¿Qué se debe hacer, entonces, cuando surgen sentimientos contrarios, de sentirse atraído por hombres, de sentirse atraída por mujeres? Del corazón humano surgen muchos impulsos poco adecuados, y el cristiano está llamado a desechar todos aquellos que no son dignos. Puede ser un deseo de suicidarse o de probar droga, un deseo de matar a un adversario o de lanzarse a un estilo de vida homosexual, bisexual o transexual. El creyente puede aprender, sin embargo - con la ayuda del Señor - a rechazar todos aquellos “*dardos de fuego*” que no conducen a nada bueno a la larga.

3. La mejor relación de pareja será con una persona cuyo corazón ha sido cambiado

Cuando el Señor manda que no nos unamos en yugo desigual con los incrédulos (**2 Co 6:14**), quiere decir que si en la pareja no compartimos una misma dinámica en el centro de nuestro corazón, estamos condenados a irritarnos constantemente. Es como intentar arar un campo con un asno y un buey uncidos juntos. El paso distinto de cada bestia provoca una falta de sintonía que acaba en un cruce de patadas (**Dt 22:10**).

El nuevo nacimiento cambia el corazón de la persona, para que su tendencia innata ya no sea tirar por lo suyo (egoísmo), sino dar a los demás (amor). Si una persona creyente se junta en matrimonio con un inconverso, habrá un “choque de trenes” entre dos tendencias de base, tarde o temprano. El creyente se mueve por el amor, pero el inconverso se mueve por sus intereses (búsqueda que a veces se esconde por un tiempo bajo una pátina de buenos modales).

La relación con más potencial siempre será la de dos cristianos. La amistad entre dos personas cuyos corazones han sido transformados por la gracia de Dios tiene el mayor potencial. Sólo así podrá cumplirse la receta para la felicidad en el hogar: *“Ninguno busque su propio bien, sino el del otro”* (**1 Co 10:24**).

Esto invita al creyente a examinar muy bien a sus posibles pretendientes. Lo que necesita ver en el otro es una vida espiritual independiente, señales de vida nueva que se hayan demostrado en múltiples ocasiones en el contexto de la iglesia local. No es suficiente que el otro asista a una iglesia o que se llame cristiano. Hace falta ver fruto palpable de un corazón realmente cambiado.

La unión de los creyentes auténticos no garantiza la felicidad conyugal, pero ofrece las mayores probabilidades de que ésta se encuentre. Si Jesucristo está en medio, cada cónyuge buscará luz para solucionar los problemas concretos que surgen en todo tipo de convivencia, y Cristo dará ayuda para que cada cual insista o ceda, perdone o pida perdón, en el momento adecuado.

4. La mejor relación de pareja será de larga duración, un compromiso de por vida

En el fondo, todos buscamos alguna persona que siempre esté a nuestro lado: en la riqueza o la pobreza, en la salud o la enfermedad, en la juventud o en la vejez. Para que llegue esa persona fiel, hemos de serla también. La lealtad y la fidelidad son cualidades recíprocas. Jesucristo afirma el relato creacional cuando dice *“Por esto el hombre dejará padre y madre, y su unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne...”* (**Mt 19:5**). Plantea una relación permanente, como antes había insistido el profeta Malaquías hablando de *“la mujer de tu juventud”* y *“la mujer de tu pacto”* (**Mal 2:14**).

La mejor relación de pareja se basa en un compromiso de por vida. El compromiso vitalicio puede funcionar si te casas con la persona que Dios tiene para ti, en el tiempo que él ordena, y permitiendo que Jesucristo sea Señor de la relación. Es el *“cordón de tres dobleces que no se rompe pronto”* (**Ec 4:12**): él, ella y Jesucristo en medio.

La razón de ser del compromiso vitalicio es que el amor madura con el tiempo, se transforma y se vuelve más rico que al principio. El encuentro furtivo de una noche entre dos amantes no tiene punto de comparación con el amor sólido de un matrimonio que se ha construido durante décadas, a través de una multitud de experiencias vividas juntos.

Una de las experiencias más unificadoras es la paternidad. Cuando el Señor permite que nazcan hijos, éstos se convierten en proyecto primordial para el matrimonio. Todos los desafíos - sonrisas y lágrimas - que acompañan cada etapa en el crecimiento de los hijos enriquecen la convivencia conyugal, con la ayuda del Señor.

Con la ayuda del Señor, tanto él como ella pueden llegar al final de su peregrinaje afirmando que *“las muchas aguas no podrán apagar el amor”* (**Cnt 8:7**). Con Jesucristo en medio, los dos cónyuges se dan cuenta de haber sido el principal *“medio de la gracia”*, cada uno en la vida del otro, para adelantar la transformación espiritual hacia la semejanza de Cristo.

5. La base de una relación duradera consiste en la fiabilidad y la lealtad

La base es la amistad, no el sexo. Si las dos personas han de apoyarse en medio de un sinfín de experiencias, luchando juntos por salir adelante en un mundo caído, debe ser en base a un compromiso mutuo con la totalidad de la persona, no sólo el disfrute del roce corporal. Es la unión de dos personas, no sólo el apareamiento de dos cuerpos. Lo que cada persona procura descubrir durante el tiempo del noviazgo es si el otro tiene las cualidades de una persona fiel y leal. *“Fiel”* quiere decir que se puede confiar en él (o ella). Cumple su palabra, cumple sus compromisos. *“Leal”* quiere decir que verdaderamente busca tu bien. Su intención no es usarte para sus propios fines, sino servir como fuente de bendición en tu vida.

Para demostrar fidelidad y lealtad, resulta clave el autodomínio inherente al hecho de aplazar el sexo hasta la boda. Uno que asume este compromiso demuestra que es digno de confianza en los demás apartados de la vida, y también que busca el bien de su pareja antes de su propia satisfacción. Poder esperar transmite respeto y amor verdadero.

Por ello el Señor se opone tajantemente a la fornicación (el sexo fuera del matrimonio): *“Huid de la fornicación”* (**1 Co 6:18**). Hay dos motivos detrás de esta prohibición. Por un lado, introducir el sexo antes de tiempo impide el sano crecimiento de la amistad. Las estadísticas son contundentes: las parejas que cohabitan antes de casarse sufren un índice de fracaso mucho mayor que las parejas que primero asumen el compromiso público y permanente (el matrimonio) para compartir después la intimidad sexual. La vida sexual está pensada para fluir de un compromiso serio. Es la expresión del compromiso - no un goce placentero sin trascendencia - en que él y ella se entregan el uno al otro sin reservas, porque descansan en la seguridad de un amor fundamentado.

Compartir sexo antes de tiempo entorpece el desarrollo de la relación. Es como si el vecino pusiera un disco de “Ibiza mix” a todo volumen justo cuando quieres escuchar una sinfonía de Mozart. La música pachanguera ahoga la melodía exquisita que realmente te apetece en ese momento. Lo que llena, lo que satisface de verdad, es una relación plena en todos los sentidos, mucho más que el mero frotamiento entre dos cuerpos. Esta relación plena - y para que dure largo tiempo - tiene que desarrollarse en base a la conversación y muchas experiencias compartidas, sin que el sexo entre antes de tiempo para desviar la atención. Luego en su momento, el sexo será un glorioso complemento, cuando ya existe el compromiso.

De la misma manera, el sexo casual tampoco puede llenar el depósito emocional del corazón. El ayuntamiento de dos cuerpos no puede compararse con la unión de dos almas (con los cuerpos también, dentro del matrimonio). Es como engordarse de comida rápida: mucha pizza, mucho Bollycao y mucha hamburguesa sabe fenomenal, pero alimenta poco y acaba produciendo hastío.

Después de la boda - después de asumir un compromiso serio ante Dios y testigos - la intimidad sexual fortalece toda la relación como maravilloso complemento. La pasión legítima enciende fuegos artificiales en la alcoba, con la mirada complacida del mismo Dios (**Cnt 4:16-5:1**). Engrasa toda la convivencia diaria. La alegría de un secreto compartido aporta dinamismo a toda la vida de pareja. Es algo ideado y bendecido por Dios (**Pr 5:18-19**), con la condición de que el compromiso esté en su sitio previamente.

El Señor apunta otro motivo más para esperar. La fornicación es un atentado contra tu propio cuerpo: *“Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicica, contra su propio cuerpo peca” (1 Co 6:18)*. Hay unas 27 enfermedades de transmisión sexual (ETS). Varias de ellas se contagian con el mero roce de la entrepierna; llevar preservativo no lo evita. Varias son víricas; no hay antibiótico que valga para curarlas (papiloma humano, hepatitis, herpes, SIDA). Varias hacen daño al cuello del útero o a las trompas de Falopio (gonorrea, clamidia), dejando a la mujer incapacitada para tener hijos. Muchas veces no hay manifestaciones clínicas a la vista. Otras ETS duran toda la vida, no desaparecen nunca (herpes). De modo que lo más seguro es practicar el sexo con una sola persona: tu pareja de toda la vida, después de casarse. El plan de Dios es que empecemos como novatos y aprendamos juntos.

6. Hay que edificar la amistad, no provocar el deseo sexual antes de tiempo

Esto supone la elección de actividades que promuevan la conversación, en base a experiencias compartidas. Cuando chico conoce a chica, es una experiencia maravillosa. Lo más bonito es pasar tiempo juntos: conversando, paseando, escuchando música, practicando el deporte, quedando con amigos, sirviendo con algún colectivo. Pero si buscamos oportunidades para estar solos con el único fin de intercambiar caricias que nos ponen a cien, entonces introducimos una relación íntima antes de tiempo, y abortamos el desarrollo de la amistad. La amistad es la base de una relación duradera, y cualquier práctica sexual precoz (coito, sexo oral, tipping, sexting, toqueteos) obra en contra.

(Ga 6:8) “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna.”

La diana a que queremos apuntar es una relación de larga duración, con Cristo en medio. Esto es lo que aporta solidez emocional a cada persona. Es lo que garantiza la ayuda de Dios en la relación, lo que pone soluciones cuando no sabemos qué hacer. También es lo que facilita que la entrega sexual mutua después de la boda sea una experiencia pletórica. Sólo el compromiso de disfrutar el sexo dentro del marco de un compromiso vitalicio permite que crezcan los dos pilares de una relación estable: la lealtad y la fiabilidad. También es lo que allana el camino para la experiencia de tener familia: engendrando y educando a hijos, que luego siguen en nuestros caminos y - como flechas en la mano del guerrero - multiplican nuestra influencia para bien en el mundo (**Sal 127:4**).

7. Lo que llena el corazón es una relación plena con una persona real, no el sucedáneo virtual

Hay cada vez más estudios que relacionan la impotencia con el uso de la pornografía. Parece que la sobreexcitación sexual produce un agotamiento que acaba haciendo daño a la relación íntima de la pareja. La adrenalina que provoca la imagen crea distancias en la vida real. En el cristiano, esto se une al sentimiento de culpabilidad que la infidelidad virtual provoca. Por eso el apóstol dice, *“Amados, yo os ruego... que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma” (1 P 2:11)*. El sexo egoísta provoca batallas en el alma que van desde el descontento hasta la depresión y la ansiedad. Mucho mejor guardarnos para la persona - una persona real, de carne y hueso - que el Señor ha puesto para compartir con nosotros la intimidad. Si la intimidad queda interrumpida por cuestiones de enfermedad, viajes o discapacidad, entonces su promesa es *“Bástate mi gracia” (2 Co 12:9)*.

La pasión de cada día (Fil 3:15-16)

Pablo dice *“una cosa hago”* (Fil 3:13). Dos veces habla de *“proseguir”* (Fil 3:12,14). Es el lenguaje de una persona absolutamente enfocada, como el nazareo del Antiguo Testamento que no se cortaba el pelo en señal de tener la mente puesta en una sola cosa durante un tiempo de servicio intenso (Nn 6). Tener la mente puesta en una sola cosa significa que no vives distraído, disperso, fragmentado. Todos tus pensamientos y todas tus actividades giran en torno a una meta, en vez de sentirte empujado en mil direcciones al mismo tiempo. Es algo que se aprecia en el deportista olímpico que come, duerme, se entrena y descansa todos sus días con la mirada puesta en la prueba que le tocará disputar. Hay músicos virtuosos que ensayan diez horas al día, o emprendedores que luchan sin parar todos los días de la semana para levantar una empresa. Hay jóvenes empollones que estudian intensamente y jóvenes ligones que sólo piensan en ello, también intensamente. Hay yonkis que pasan todo el día inventándose la manera de conseguir la próxima dosis y skaters que se visten, se congregan, hablan y gesticulan en torno a la cultura del monopatín.

Se trata de hacer algo con pasión. Una sola cosa. ¿En qué está pensando Pablo, exactamente? Recuerda que Jesucristo echó mano de su vida, y que esa confrontación con el Amor encarnado fue con intención de parte de Dios. Dios tenía un propósito para su vida. Ahora la obsesión del apóstol es cumplir el llamamiento que ha recibido del Señor: como ser humano, como cristiano redimido, y como creyente particular con todo su bagaje (formación académica, dotes intelectuales, trasfondo hebreo, ciudadanía romana). Esto abarca varios aspectos:

- Conocer a Cristo. Pablo ha descubierto que lo más maravilloso de la vida es conocer a la Persona más extraordinaria que existe. Habla de *“la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor”* (Fil 3:8). Cuenta con su presencia en todo momento y desea con toda su alma profundizar en la relación: comprendiendo su pensamiento, saboreando sus sentimientos, identificándose con todas sus experiencias, compartiendo su punto de vista sobre la eternidad.
- Agradar a Cristo. Pablo dice *“la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor”*. Su pasión es hacer lo que le agrada para oír de su boca aquella frase, *“Bien, buen siervo y fiel, entra en el gozo de tu Señor”* (Mt 25:21). Agradar a Cristo significa ser cambiado a la imagen de Cristo, ir transformándose de carácter hasta parecerse plenamente a Jesús. Significa confiar en Cristo en medio de todas las dificultades de la vida, para que la llegada a su presencia sea con *“alabanza, gloria y honra”* (1 P 1:7). Significa depender de Cristo para tener fuerzas para vivir, consciente de que *“separados de mí nada podéis hacer”* (Jn 15:5).
- Servir a Cristo. Si Pablo acusa a algunos de servir a sus intereses materiales (Fil 3:18-19), afirma que nosotros servimos en el espíritu de Dios (Fil 3:3) (texto original). Servir supone actividad, hechos. Es cuestión de moverse. Significa ser las manos y los pies de Cristo en este mundo. Se refiere a una pasión por tocar la vida de otras personas para bien: ayudando, bendiciendo, compartiendo, haciendo el bien. Incluye la proclamación: anunciar con palabras el mensaje del evangelio, cómo es posible conectar con un Dios que realmente está allí. Es anunciar las virtudes de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable (1 P 2:9).

Luego, el llamamiento particular de cada uno entraña proseguir estas tres cosas (conocer a Cristo, agradar a Cristo, servir a Cristo) dentro del marco de los detalles personales de cada cual: trasfondo familiar, habilidades naturales, dones espirituales, experiencias, oportunidades. Poco a poco te enteras de cuál es tu misión en el mundo. El primer paso

es asumir el hecho de tener un propósito, un llamamiento específico. Aunque de momento no sepas en qué consiste, sabes que el Señor te tiene aquí por algún motivo. Luego, con el paso del tiempo - con experiencias vividas y orando al Señor - empiezas a vislumbrar qué podría ser tu llamamiento. Con el paso de más tiempo, llegas a la plena certeza de que Dios te tiene aquí para hacer esto, con este grupo de personas, en este tiempo y en este lugar. La pasión de proseguir define cada etapa en la conciencia del llamamiento, y siempre con la promesa del Señor, de hacernos entender qué quiere de nosotros: *“Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos” (Sal 32:8).*

Si por un lado el apóstol demuestra que está centrado, por otro lado está también esforzado. No sólo se fija en una sola cosa, también la persigue con toda su energía. Pone toda la carne en el asador para vivir con plenitud el llamamiento que ha recibido de Dios. Esto se plasma en tres decisiones: cuidarse, formarse, lanzarse.

(1 Ti 4:15-16) “Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo, y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren.”

Cuidarte es guardar tu vida, como el deportista cuida su dieta o la violinista cuida los dedos de la mano. Para el cristiano, esto significa cuidar tu interior, sabiendo que sólo serás útil al Señor en la medida de que Cristo reine en tu corazón.

Formarte habla de aprender todo lo que sea necesario para practicar con excelencia aquello que estás llamado a hacer. Significa cursar estudios, leer libros, aprender del ejemplo de otras personas. Antes de ser electricista oficial, uno primero pasa un tiempo de aprendiz. Para el cristiano, esto es aprender todo lo que sea posible para edificar sobre las aptitudes que el Señor te ha dado.

Lanzarte es aprovechar todas las oportunidades. El que sabe de informática responde a las peticiones de ayuda de sus amigos. El que sabe de carpintería hace chapuzas en mil sitios, y esto abre puertas para un trabajo constante. Para el cristiano, es aprovechar cualquier oportunidad de servicio que el Señor pone en tu camino, sabiendo que El puede usarte para dar bendición a otros. Poco a poco, vas viendo claro en qué consiste su llamamiento para tu vida. Luego pones toda la carne en el asador para proseguir en ello.

Proseguir tu llamamiento verdadero abre paso a la aventura de vivir.